

Luciana Hartmann. *Gesto, palabra e memoria. Performance narrativas de contadores de causos*. Ilustraciones. Florianópolis: UFSC, 2011; 310 pp.

La autora de este libro se arriesga con una temática que exige un trabajo etnográfico muy laborioso, como es el estudio de las actuaciones narrativas, acentuado por su deseo de captar el multifacético ethos de la cultura de una sociedad compleja, la de la triple frontera de Argentina, Brasil y Uruguay.

En la “Introducción” se formulan las ideas centrales del libro, dirigidas a focalizar las narraciones orales en sus múltiples expresiones, pero abordadas en tanto prácticas actuadas, es decir, como *performances*. Dichas actuaciones, que localizan en tiempo y espacio a los agentes sociales, son planteadas por la autora como vías de acceso para dilucidar cómo dichos agentes estructuran sus identidades personales y colectivas, y como instancias que dan cuenta de saberes e imaginarios sociales, situados en este caso en el cruce de límites territoriales. Líneas de indagación que la autora aplica al estudio de las relaciones sociales entre los pueblos de la frontera —no exenta de conflictos— que comparten Argentina, Brasil y Uruguay.

En el capítulo 1, “Fronteras narrativas: las tradiciones orales en la frontera entre Brasil, Argentina y Uruguay”, Hartmann analiza presunciones sobre la práctica de la narración con las que ella inició su trabajo de campo, y que, a lo largo del análisis del caso que estudia, llega a reformular. Descubre que la supuesta extinción de la tradición —la de las narrativas orales— no tiene correlato con lo que ella observa: su plena vigencia; asimismo, la tradición no era exclusiva del mundo rural, sino que se conectaba con el urbano. Más aún, sostiene que contar y oír relatos es parte de la vida cotidiana de la frontera. Progresivamente, va a dilucidar que los intercambios sociales y culturales, en términos de la comunicación de las narrativas, no sólo son llevados a cabo por distintas clases de narradores (mujeres, ancianos, historiadores autodidactas, tradicionalistas, borrachos) sino que estos narradores hacen uso de una memoria corporal (posiciones y gestos) que se relaciona con un conocimiento particular (vinculado con el

trabajo rural con el ganado y con la experiencia histórica de los conflictos bélicos de la región). Cuestiones ambas que los narradores han incorporado en la acción de narrar, pautándola visual y verbalmente. En este mismo capítulo, Hartmann delimita el área geográfica a trabajar y desarrolla procedimientos y relatos de la experiencia del trabajo de campo, por el que se relaciona con la población de la frontera. Finalmente, presenta un recorrido por las mutuas interacciones entre la literatura escrita y el arte verbal de la región, que es parte de la cultura de la frontera.

En el siguiente capítulo, “Entre cuentos e historia de vida, la transmisión de una cultura”, la autora — a través de la revisión de los cambios producidos en el estudio de la narrativa — plantea recaudos teóricos y metodológicos adoptados para acceder al trabajo de la poética, las modalidades de la organización de los eventos narrativos, la actuación de la narración y su relación con la producción de significados y experiencias de vivir en la frontera. Destaca que las narrativas personales — cuya definición establece previo debate entre distintas posiciones — fueron claves no sólo en el acercamiento a los narradores, sino porque posibilitaron conocer las trayectorias de vida en la frontera. Señala el carácter articulado, estético y performativo de estos relatos y su capacidad para dar cuenta de la movilidad de los habitantes de la frontera. El carácter tradicional de las narraciones radica no tanto en el contenido, como en las estrategias comunicativas y en la forma en que se lleva a cabo la actuación.

En el capítulo 3, “Imagen y autoimagen”, la autora comenta los usos de la fotografía en su investigación: registro del trabajo para estudiar gestos, vestimentas, posturas corporales, etc. de los narradores y de la audiencia; medio de retribución a los contadores de relatos; dispositivos visuales para auto-reconocimiento o exoreconocimiento por parte de los participantes en la investigación o para generar comentarios e interpretaciones sobre relaciones entre distintos sujetos o acontecimientos a partir de las imágenes. Filmaciones y grabaciones durante el trabajo de campo intervinieron en el desenlace de actuaciones de los narradores y, en otros casos, como factores de legitimación del saber del narrador. Las

imágenes resultaron clave en los juegos de reconocimiento de los otros de la frontera por sus posturas corporales, gestos, indumentaria, presencia en las escenas de representantes de instituciones estatales (policía), las razas y/o pelajes de los caballos y sus accesorios. Todo ello le permitió aproximarse al modo de ver distintivo de la cultura de frontera.

En el capítulo 4, “Comunidad narrativa de la frontera”, Hartmann argumenta la centralidad de la narrativa oral en la vida de la frontera y cómo esta oralidad crea relaciones sociales y transmite formas de organizar experiencias reales, oídas o imaginadas, valorizadas culturalmente. La oralidad no es sólo un modo de comunicación de la vida cotidiana, sino que es valorizada a través de las actuaciones que se le dedican, la cantidad y diversidad de narradores orales reconocidos en la zona y las audiencias que se repiten en distintas localidades. Son aportes significativos de Hartmann la conceptualización de la comunidad narrativa de frontera y los criterios formulados para organizar la red de narradores. Trama que se determina por los reconocimientos y las relaciones sociales que sustentan narradores y audiencias, y por las responsabilidades asumidas por la transmisión de la narrativa y de los imaginarios compartidos. Delinea los distintos tipos de narradores: los ancianos ligados sobre todo a la ruralidad y a la experiencia de viajes, las mujeres que no poseen reconocimiento comunitario y cuyo aporte al conocimiento de la vida doméstica ofrece una perspectiva diferente a la de los narradores varones, los borrachos, quienes ocupan un lugar privilegiado en la red, y los profesores, historiadores y tradicionalistas que basan su autoridad en un conocimiento formal ligado a la historia local y/o épica gauchesca. Además de elucidar las categorías de narradores reconocidas por la comunidad, la autora especifica los distintos géneros que conforman sus repertorios. Asimismo, asume una noción de géneros abierta y flexible: considera que estos se corresponden con esferas comunicativas, caracterizadas según modalidades compositivas, estilísticas, temáticas y performáticas. Dentro de los géneros que analiza distingue a) los causos o cuentos, los de entierro de

dinero, de guerra, b) historia de antiguos e historias de vida, c) anécdotas (picantes).

A continuación, en el apartado “Las relaciones de fronteras a través de los relatos orales”, Hartmann revisa las distintas miradas en torno a la noción de frontera, en el marco de la formación de los estados naciones y de los procesos de globalización, y las relaciona con procesos de construcción de identidades. Argumenta la existencia de una cultura de frontera, que no sólo se manifiesta objetivamente, sino que también es una idea que sustentan los pobladores y se expresa en la narrativa oral. Destaca que dichas narrativas se refieren a memorias, referencias y sentidos cotidianos comunes, pero también aluden a tensiones y conflictos que se dan en poblaciones que se encuentran en los límites legales de las naciones. Paisaje común, tensiones históricas, vivencias cotidianas, conflictos debidos a políticas nacionales y/o locales, todos son factores constitutivos de la vida social de la frontera. La circulación de las narrativas permea las relaciones sociales y transmite informaciones mutuas, estrecha alianzas y profundiza la experiencia. La autora sostiene que se constituye una identidad de frontera que alterna creencias, experiencias y sentimientos de pertenencia de ambos lados, con la percepción de hallarse en la periferia de las metrópolis nacionales. Para dar cuenta de esta afirmación, la autora analiza la dinámica de las relaciones intrafronterizas que comprenden las vinculadas a: 1) el comercio transfronterizo y en particular el contrabando cotidiano, que han sido factores de integración fronteriza: las narrativas expresan los desafíos y peligros de este comercio clandestino, al que justifican como una forma de trabajo para obtener el sustento familiar; 2) los lazos de parentesco, la peculiar dinámica de la organización de familias bi y trinacionales, y la existencia de personas que poseen más de una nacionalidad sin que ello les ocasione perjuicios; 3) la tensión en el uso del idioma: si bien las instituciones oficiales imponen la lengua nacional, en la vida cotidiana se afirma el habla dialectal, el portuñol.

En el apartado “Las narrativas personales y la constitución de narradores de causos como sujetos” se analiza el cruce entre el relato de la trayectoria personal del narrador y las narraciones

tradicionales. Mediante las maneras en que ellos narran las experiencias personales conflictivas —no exentas de violencia—, que exhiben en forma resaltada en las *performances*, van creando para la audiencia modelos interpretativos de procesos sociales. En estos la sociedad de frontera se manifiesta como jerárquica, tanto en los ámbitos laborales, como en la organización del espacio y en las relaciones sociales de amistad y parentesco, a pesar del ideal, proclamado históricamente, de una democracia rural de relaciones igualitarias. Muchas veces las tensiones (demandas de mejores salarios, movilidad laboral de los peones entre establecimientos) permanecen latentes.

Los relatos personales parten de conflictos relacionados con la expulsión del medio, tierra y/o familia para, posteriormente, recorrer un itinerario encaminado a la autonomía. En ese camino el narrador se hace de un nombre por el que la comunidad lo reconoce individualmente. En dicho proceso se pone en juego, por un lado, el orden social jerárquico que se le impone al sujeto y, por otro, el deseo de individualización del sujeto, de sobresalir y distinguirse del colectivo. Las historias cobran vida en actuaciones donde los narradores muestran su competencia comunicativa para atar relatos personales con narrativas tradicionales. En los primeros dan cuenta de la superación de conflictos, peleas y enfrentamientos, mientras en las últimas se refieren a tesoros escondidos, cuestiones asombrosas o a las guerras del pasado. En ambos casos, las puestas en acción de los relatos dependen de la audiencia, del contexto de la narración y del tipo de narrador. En la indagación de las trayectorias, la autora identifica distintas clases de conflictos: los vividos en la infancia y/o juventud, los del casamiento, los relacionados con el trabajo, las dolencias físicas o las peleas. Estas últimas son descritas más por los eventos violentos que por las razones que las motivaron. Los narradores encuentran en las *performances* de las narrativas una manera de organizar, transmitir y recrear experiencias conflictivas.

En el capítulo siguiente, “La memoria en la piel: las marcas corporales en las narrativas personales”, se profundiza acerca de cómo las narraciones están relacionadas temáticamente con marcas en

el cuerpo del narrador, señales que se constituyen en testimonios a la hora de la actuación del relato e individualizan al sujeto, es decir, lo constituyen identitariamente. Las experiencias relacionadas con el cuerpo y, en especial, sus marcas, son objeto de orgullo entre los narradores de la frontera. Las marcas causadas por accidentes, por el trabajo o por una pelea, no sólo son objeto de relatos sino que, también, ayudan a contar historias. La construcción estética del cuerpo, de la propia apariencia, entre los narradores, si bien es parte del proceso de construcción personal, al mismo tiempo establece modelos de apariencia para la sociedad. Forma física, postura corporal, vestimenta y expresión verbal son factores de reconocimiento identitario entre los sujetos de la frontera, haciendo referencia a una estratégica competencia visual que facilita el desenvolvimiento de las tareas rurales y que, en tiempos pasados, fuera clave para anticipar ataques enemigos.

En el capítulo 8, “Narrativas actuaciones y experiencias”, Hartmann, luego de revisar las distintas líneas de conceptualización de la actuación, la focaliza primero como desempeño del narrador con respecto al acto de narrar –atendiendo a los eventos de carácter privado que destaca y a la importancia que le otorga al contenido de lo narrado– y después como espectáculo, es decir, la actuación que involucra una mayor elaboración estética, una audiencia caracterizada como tal, y marcadores definidos de inicios y finales de los relatos y/o eventos. Dentro de esta última, la autora incluye actuaciones culturales y actuaciones narrativas de causos / cuentos.

Las performances narrativas son analizadas minuciosamente por la autora. Observa que, en los flujos de relatos, los cuentos emergen en medio de la historia de vida de los narradores; destaca la aplicación de recursos tales como rimas, repeticiones, prolongación de palabras, uso de la ironía, pausas, cambios de voz, apelación a la audiencia y habla indirecta en el desarrollo de las mismas; comenta que los narradores no sólo cuentan lo que acontece a los personajes, sino que actúan representando en primera persona sus comportamientos en el relato. A través de distintas descripciones de actuaciones de trayectorias personales, Hartmann evidencia cómo la historia de la vida del narrador presen-

ta distintos conflictos que caracterizan la cultura de la frontera: ruptura violenta con la familia, adopción de una vida itinerante, asunción del rol viajero narrador, experiencia del trabajo en las estancias, cambio de trabajos, práctica del contrabando. Dentro de esta narrativa se relatan historias de guerra y cuentos de asombros. Asimismo, la autora dilucida cómo las variaciones vocálicas buscan conferir vivacidad al relato, el uso del habla directa busca acercar el evento narrado y el evento narrativo, y la interacción con la audiencia se plantea con una dinámica peculiar para intensificar su participación. Hartmann también destaca que, si bien los narradores de la frontera, en un primer momento, niegan responsabilidad sobre el evento o la transfieren a otro narrador, en el siguiente momento asumen la misma. En cuanto al despliegue del lenguaje poético, este se concreta en la variedad de metáforas vinculadas al contexto cultural en que se usan, la incorporación de proverbios locales en el curso de los relatos, y la adopción del uno u otro tipo de idioma, según la audiencia.

A continuación, en “Actuaciones culturales: expresiones de identidad en las fiestas de la frontera”, se analizan las conmemoraciones locales: el desfile Día Gaucho y la fiestas Criollas, en las que se elige afirmar determinados valores sobre otros, rememorar determinados hechos y olvidar otros. En ambas se apela a la tradición gaucha, renovada y fortalecida. Por un lado, se exalta la figura mítica del gaucho; por otro, se da la presencia concreta de personas que pertenecen al medio rural donde se desarrolló dicha figura. Entre ambos festejos se registran diferencias. El primero, observa Hartmann, acontece en un medio urbano, está fuertemente institucionalizado por el MTG¹ y cuenta con el apoyo de autoridades políticas; en él se tiende a amplificar la imagen del gaucho. En cambio, las Criollas son eventos rurales, organizados por los trabajadores en estancias y habitantes de los pueblos, en los que se presentan emblemas locales próximos a la vida cotidiana de la gente. Sin embargo, ambos eventos actualizan valores de la cultura gaucha de la frontera bajo

¹ Movimiento Tradicionalista Gaucho

formas competitivas: de destrezas campestras, en el caso de las Criollas, y de desfiles, en el Día del Gaucho. Asimismo, ambos juegan con la ruptura del orden jerárquico y al mismo tiempo proponen una mayor adherencia a él.

En las “Consideraciones finales” se señala que la historia de los conflictos en la zona de la frontera constituye parte de la vida cotidiana y se expresa en narrativas que ligan simbólicamente poblaciones de los tres países. Los viajeros narradores (troperos, comerciantes ilegales) son responsables de la circulación social de los relatos y de su tradicionalización. Ello ha facilitado la conformación de una comunidad narrativa de la frontera, caracterizada por códigos de habla, comportamientos gestuales, posturas y estéticas, que se manifiestan en las actuaciones. Los distintos tipos de narrativas señaladas por la autora expresan la cultura de la región, que comprende nociones de ruralidad, movilidad, autonomía, conflictos y peleas, valoración de marcas corporales que hacen al *ethos gaucho*. Mientras que las actuaciones de desempeño están centradas en el contenido más que en la dimensión estética y revelan la parte menos noble del *ethos*, en el caso de las actuaciones culturales el trabajo estético es más elaborado, hay mayor preocupación por la dimensión política del *ethos* y prevalece una considerable idealización. El *ethos* es multifacético y sus matices son enfatizados de manera diferente, según el tipo de relato y el contexto. A través de las actuaciones, la cultura de la frontera no sólo es reproducida, sino también producida; en esta tarea, la comunidad narrativa tiene un papel clave, señala la autora.

En síntesis, se trata de un libro de consulta imprescindible para comprender la performatividad de las narrativas y las actuaciones culturales, y para apreciar su potencial para acceder al *ethos* comunitario. Sus conclusiones son el resultado de un intenso trabajo polifónico, que la investigadora ha sabido generar en su interrelación con los protagonistas de la investigación que presenta en este volumen.

ANA MARÍA DUPEY

INAPL / Universidad de Buenos Aires